

FRAY EZEQUIEL MORENO: SANTO Y SEÑA FRENTE AL LIBERALISMO REINANTE

POR

BALTASAR PÉREZ ARGOS, S. J.

El Papa Juan Pablo II acaba de canonizarlo el 11 de octubre de 1992 en la isla de Santo Domingo, ante todo el episcopado hispanoamericano y ante numerosísimos fieles, en un acto solemnísimamente verdaderamente significativo, la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Justo en esa isla La Española, donde primero puso sus pies Cristóbal Colón y plantó por primera vez la Cruz salvadora de Cristo, y donde se celebró por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa en el continente americano. La canonización de este fraile español, misionero en Filipinas y Colombia, perteneciente a una de las grandes Ordenes religiosas que llevaron la luz del Evangelio al Nuevo Mundo desde la Península Ibérica, junto a franciscanos, dominicos y jesuitas, es todo un símbolo, un símbolo sin duda buscado y pretendido por Su Santidad el Papa en un momento tan crucial, como el que vive la Iglesia de Hispanoamérica. Con ese acto abrió la IV Conferencia del Episcopado hispanoamericano, que se reúne para estudiar y planificar la evangelización de ese continente tan convulsionado actualmente en el orden social, político y religioso. Todo un símbolo la canonización de fray Ezequiel Moreno, un humilde frailecico agustino recoleto, que llegó por su virtud y entrega a ser Obispo de Pasto (Colombia).

La canonización de un santo es, como todos sabemos, un acto del magisterio infalible de los Papas, por el que afirman solemnemente, infaliblemente, que el santo, en nuestro caso Fray Ezequiel Moreno, ha imitado heroicamente a Cristo nuestro Señor y por lo tanto es digno de ser imitado por todos los fieles cató-

licos. Su espíritu es ejemplo para todos y lleva a todos sin dudar a Cristo. En esto está la diferencia con la simple beatificación. La canonización es acto infalible y propone al santo a toda la Iglesia a su imitación y culto; mientras la beatificación no es acto infalible, da solo certeza moral y no propone al beato a la imitación y culto de toda la Iglesia. El Santo Padre para este momento solemne y tan trascendental para la historia de la Iglesia hispanoamericana pudo haber escogido a otro siervo de Dios o beato, si quería proponer un modelo que imitar de la nueva evangelización. Pero la divina Providencia quiso y el Santo Padre libremente se inclinó por la canonización de este humilde fraile, que tal vez podría parecer un modelo tan adecuado para el momento, cuando el laicismo impera y los modos secularizantes se abren camino cada vez con más fuerza en la pastoral de nuestros días. La canonización de los santos trae siempre un mensaje a la Iglesia, un mensaje que sin duda la divina Providencia ha pretendido y Su Santidad el Papa también. ¿Cuál puede ser, o es, ese mensaje especial, que nos trae, como signo de los tiempos, San Ezequiel Moreno?

I

Fray Ezequiel Moreno nace en Alfaro, en La Rioja, el 9 de abril de 1848. Año importante en la historia de Europa y de la Iglesia. Nos recuerda el manifiesto comunista de Carlos Marx y el despligue, por todo ese siglo XIX, de tanta subversión, de tantas convulsiones sociales, políticas y religiosas; convulsiones que las ideas y principios de la Revolución francesa iban provocando por doquier, en particular en nuestra amada patria España, que sufre la invasión napoleónica y luego cuatro guerras carlistas; todo nacido de la venenosa raíz de lo que se conoció y llamó por los Sumos Pontífices *liberalismo*.

Nuestro Ezequiel Moreno entra en la Orden Agustiniense recoleta, en el convento de Monteagudo (Navarra). Hace su profesión religiosa el 22 de septiembre de 1865. Tenía 18 años apenas

cumplidos. Cinco años después, el 10 de febrero de 1870 es destinado a la misión que los PP. Agustinos recoletos tenían en Filipinas, donde comienza una intensa actividad misionera de más de 15 años. Su juventud y sobre todo su fervor religioso le lanzan por muy distintos lugares y a enormes distancias, sembrando por todas partes la palabra de Dios, confortando a los católicos convirtiendo infieles. Su trabajo y entrega es enorme. Véase este dato: durante el cólera de 1882, de 3.200 personas adultas que murieron durante la epidemia, sólo tres murieron sin confesión. Algo que parece milagroso. Es tal su ascendiente de religioso santo, que en el Capítulo Provincial de la Orden de 1885 le eligen Rector del Convento de Monteagudo (Navarra), cargo de gran responsabilidad, pues tenía que ocuparse de la formación de los religiosos. De nuevo resplandece su santidad, celo apostólico y su entereza de excelente religioso en el gobierno, en la dirección de las almas y en la edificación de propios y extraños.

La Orden Agustiniiana desde los primeros albores del descubrimiento había siempre desarrollado una gran labor misionera en América. En aquellos años la Santa Sede les había encomendado un vasto campo de misión en Colombia. En un escrito íntimo fray Ezequiel escribe: «Hace tiempo que me parece que el Señor me llama a esa misión. Pueden contar conmigo». Efectivamente, el 2 de enero de 1889 llega a Colombia al frente de un grupo de religiosos agustinos recoletos. Comienza la última y definitiva etapa de su vida. Lo primero que le encomiendan es el gobierno de su orden, en ese momento necesitado de una auténtica renovación espiritual y religiosa. Nadie mejor que él. Solo un Superior de su santidad, de su temple, de su modestia y mansedumbre podía enderezar el navío de la vida conventual a buen puerto. Y lo consiguió. Lleva a cabo esa renovación en medio de dificultades sin cuento, como se deja suponer: críticas, calumnias, mal entendidos. Pero con su humildad y mansedumbre y su clarividencia espiritual lo supera todo. Su santidad y dotes de gobierno resplandecen de manera que es promovido al Episcopado. Primero regenta el Vicariato Apostólico de Los Llanos de Casanare durante ocho años y después es nombrado Obispo de Pasto

(Colombia). Fue consagrado obispo el 1 de mayo de 1894. «¿Cómo —se preguntaba— puede un pobre fraile como yo llegar a ser obispo...?». La respuesta se la daba él mismo escribiendo de esta manera en su primera carta pastoral el día de su consagración:

«Y esto, ¿cómo? ¿Con qué medios? ¿Quién me ayudará? ¡Divino Corazón de mi Jesús, a Ti me acojo! Tú eres toda mi esperanza y Tú serás mi ayuda, mi tesoro, mi sabiduría, mi fortaleza y mi refugio: *Fortitudo mea et refugium meum es Tu*. He aquí las palabras que rodearán la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que declaramos será el sello de nuestro oficio. Ellas nos recordarán de continuo que, desconfiando de nosotros mismos, todo lo hemos confiado a ese Corazón divino...».

Cuando hizo su entrada en la capital del Vicariato, su primer acto público fue la solemne consagración de Casanare al Corazón de Jesús. Lo mismo hizo cuando tomó posesión de la diócesis de Pasto. Consagró la diócesis y renovó anualmente la consagración al Corazón de Jesús. Fue sin duda el secreto de su espiritualidad, de su fortaleza de ánimo, verdaderamente heroica en medio de la lucha que tuvo que sostener contra un liberalismo feroz que le acosaba. Compuso esta oración que recitaba continuamente y no nos resistimos a transcribir por su honda espiritualidad:

«Contando, oh Jesús mío, con vuestra gracia, que os pido humildemente, mandadme dolores, enfermedades, pobreza, desgracias, amarguras, angustias, desolaciones, lo que queráis. ¡Soy, Amor mío, vuestra víctima! Hacer de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad, con tal de que se salven almas, os dé alguna gloria y proporcione algún consuelo a vuestro amantísimo Corazón».

Fray Ezequiel tomó muy en serio su misión de pastor de almas, tan en serio que ni los más cercanos llegaron a comprenderlo. Con humildad y paciencia verdaderamente heroicas acepta y vive casi hasta el fin de sus días esta incomprensión. El error

liberal causaba grandes estragos entre sus fieles. Y él, el Obispo tan dulce y tan manso de suyo, se ve forzado, obligado a luchar en defensa de la verdad. Y esta intransigencia no se comprendía:

«¿Para qué soy Obispo? Si veo que los lobos me arrebatan las almas que Dios me confió, ¿no he de clamar...? ¿No he de luchar...? ¿Por qué soy pastor...? Me repugna batallar, me repugna batallar cuando puedo ceder sin faltar a mi conciencia. Sólo lucho cuando un deber de justicia o de caridad me obliga».

Después de nuevo años al frente de la diócesis de Pasto, le hacen volver a España enfermo de cáncer para ser curado mejor. Él se resistía. El 19 de agosto de 1906, después de sufrir intensos dolores el último año de su vida, murió santamente en Monteagudo, donde había entrado de novicio. Hoy brilla su luz sobre todo el continente americano y sobre toda la Iglesia al ser canonizado para guía de las almas en este momento crucial en que el Papa nos convoca o todos, especialmente a los hispanoamericanos, a una nueva evangelización.

II

Si hay algo que brille con especial luz en la vida y enseñanza de este nuevo santo obispo, algo que «cuasi» santamente le obsesiona, es su oposición, o proclamación del mensaje evangélico, contra el espíritu, cada vez más secularizante, que se iba infiltrando en la vida cristiana, no sólo individual, sino sobre todo social y comunitaria. Desde los tiempos de la ilustración se intenta desmoronar el espíritu cristiano, desmontarlo con falsas filosofías que excluyen a Dios de la sociedad: Dios estorba, hay que arrinconarlo; «Dios ha muerto» (Nietzsche) o hay que darle por muerto. Este espíritu secularizante, que avanza, sobre todo después de la Revolución francesa, y llevado en sus alas penetra en el continente hispanoamericano a partir de su independencia, se hace cada vez más ateo y materialista con el marxismo, que se

incuba a mediados del siglo XIX. Todo esto lo presiente el santo obispo y con gran clarividencia comprende que el canal de penetración de ese mal, de ese espíritu secularizante y ateo, es el liberalismo, que alcanza su momento de esplendor en esos años, dando lugar a la gran encíclica *Libertas* de León XIII (1888). El liberalismo, en efecto, proclama la libertad, pero una libertad incontrolada, en la enseñanza, en la prensa, en la expresión, en la religión —libertad de expresión, libertad de prensa, libertad de cátedra, libertad de religión, de conciencia, etc.— oponiendo *libertad a ley* y, sobre todo, a *ley divina*, porque si hay libertad, no puede haber ley, no se puede estar obligado por ley ninguna heterónoma, sería un contrasentido; no cabe más que el *autonomismo*, tan ponderado por la filosofía kantiana. Con lo que evidentemente se abre la puerta a toda clase de opiniones. No hay, por consiguiente, certezas —certezas objetivas—; todo es opinable, la verdad varía, es múltiple; cada cual tiene derecho a tener su verdad. Nadie, ni la Iglesia, puede tener la exclusiva de la verdad. Relativismo de la verdad. Con el relativismo de la verdad, la verdad de la Iglesia católica se viene abajo. Todo, consecuencia lógica del rechazo de Dios: o porque no lo hay y, por consiguiente, no hay que contar con él; o porque si lo hay, no hay por qué contar con él. Es el rechazo de Dios del ateísmo o del teísmo. Sin Dios— como decía Dostoyevski— cualquier cosa: ni verdad absoluta, ni orden inmutable de las cosas, ni ley natural, ni auténtica autoridad, pura libertad, pura anarquía. Todo efecto y consecuencia lógica de la negación práctica de Dios, es decir, del liberalismo. Todo esto lo presentía nuestro santo Obispo. De ahí su oposición «cuasi» obsesiva contra el liberalismo. Y se enfrenta a él con valentía de mártir, con tranquila entereza, con intrepidez de ánimo y gran inteligencia. Con qué lógica, sencilla, clara, contundente, habla en sus cartas pastorales. Todo un Pastor que mira únicamente el bien de sus ovejas, que es el bien de Cristo.

III

Sus Cartas Pastorales. En ellas se refleja y se vuelca su espíritu y es obligado conocerlas. «Estoy muy seguro —nos dice su biógrafo P. Eugenio Ayape— de que los escritos pastorales de este hijo de San Agustín, que tanto amaba a los hombres y tanto aborrecía los vicios, van a lograr cuando sean bien presentados y bien conocidos una muy alta resonancia, una actualidad muy bienhechora. Porque los tiempos se repiten. Porque hoy hacen falta como antes, como siempre, evangelizadores, predicadores del auténtico Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (Semblanza del Bto. Ezequiel Moreno, 1975, pág. 83). Existe una colección de sus Cartas pastorales y circulares que editó el P. Minguella en 1908, de muy difícil acceso. Por lo cual se prepara para su próxima publicación, una edición crítica y completa de todas sus obras, que deseamos salga cuanto antes. Entretanto y dada la calidad de estos escritos no podemos resistirnos a ofrecer al lector alguna antología, siquiera brevísima, que debemos al conocido escritor Manuel de Santa Cruz, publicada con ocasión de su beatificación en *El Pensamiento Navarro*. Todos agradecerán conocerla y que la demos a conocer. El libro del P. Minguella consta de 560 folios y se abre con la primera carta pastoral dirigida a los fieles del Vicariato Apostólico de Casanare y lleva fecha del 1 de mayo de 1895, y se cierra con el precioso testamento o últimas disposiciones, que dictó el 6 de octubre de 1905.

En la carta pastoral del 12 de diciembre de 1895, define perfectamente lo que es el liberalismo y alerta a los fieles a precaverse de tal peligro y permanecer firmes en la fe:

«Nunca como en nuestro tiempo se había visto esa multitud de hombres animados de un odio sistemático contra ella (la fe católica), que no pueden disimular; y decididos a prescindir de sus enseñanzas en el gobierno de los pueblos, a regir las sociedades sin sus dogmas y preceptos y a relegarla, de poder ser, a un completo olvido...

En el siglo pasado nos dieron una prueba tan evidente como terrible. Ellos aclamaron diosa a la razón; le levantan

taron altares; le tributaron culto público, paseándola en triunfo... La Razón o por la Razón, se legisló, se obró y se gobernó, prescindiendo en absoluto de Dios y de las doctrinas que se dignó revelar a los hombres para conducirlos a sus destinos inmortales. Si la razón hubiera podido hacer la felicidad de los pueblos, nunca como entonces la pudiera haber hecho, puesto que ella mandaba sin traba alguna, ella gobernaba sin el menor obstáculo, ella reinaba con plenitud de poderes. ¿Proporcionó, a pesar de eso, esa felicidad tan cacareada? ... Las mismas espantosas escenas se han venido reproduciendo, en mayor o menor escala, donde quiera que en el gobierno de los pueblos se ha querido relegar al olvido la fe católica y prescindir de sus doctrinas salvadoras: no puede ser otra cosa».

Qué aplicación tienen esas palabras en nuestros días donde tanto se habla y se escribe y se lamenta la crisis económica, social, familiar y política que reina por doquier. En la carta pastoral del 10 de agosto de 1896 apunta muy bien a una de las principales causas de tanto desastre:

«Mucho pueden hacer las autoridades seculares en este sentido, prohibiendo la introducción y circulación de todo impreso contrario a la Religión de la República y a la fe de nuestros pueblos, porque hay motivos y muy graves para hacerlo. Si se prohibieron ciertos periódicos que se publicaban dentro de la nación porque se creyeron peligrosos para la paz pública y bienestar de los pueblos, mucha mayor razón hay para prohibir las publicaciones extranjeras que enseñando doctrinas contrarias a la fe de los pueblos y a la Religión católica...».

«El liberalismo deja a la Prensa facultad libérrima para decir y publicar cuanto le plazca. He ahí, hijos míos, una de las libertades proclamadas por los sectarios, calificadas por el Papa Gregorio XVI de libertades de perdición, y como tales, condenadas por él; he ahí uno de los frutos funestísimos del liberalismo ... que es la rebelión de la libertad humana contra la voluntad divina en el orden religioso, político y social».

Perfecta la definición que da del liberalismo en las últimas líneas, que hemos transcrito. Eso es, y eso es lo que debemos

saber con toda exactitud para poder sacar las consecuencias prácticas de tan perniciosa realidad. Y que la primera consecuencia práctica para un obispo es hablar claro a sus fieles lo que es el liberalismo, perversión de todo orden, individual, social y político. Es lo que apunta en la carta pastoral del 28 de agosto de 1896, pocos días después:

«Si no pudiéramos decir que el liberalismo es malo, para no desagradar a los liberales, tampoco podríamos decir que el robo es malo para no desagradar a los ladrones; ni que el asesinato es malo, para no desagradar a los asesinos; ni condenar, ni clamar contra otros vicios y errores para no desagradar a los que lo tienen. Obligados estamos a clamar contra otra doctrina cualquiera, condenada por la Santa Iglesia. Si a esto llaman meterse en política, hay que saber que nos tenemos que meter forzosamente, porque forzosamente tenemos que condenar lo que la Iglesia condena so pena de faltar a nuestro deber y no cumplir con la misión que el cielo nos ha confiado...

Siendo el liberalismo como es una rebelión contra la voluntad divina y una cosa mala, es claro que no se falta a la caridad llamando rebeldes y malos a los liberales, como no faltó a la caridad el Bautista llamando a los fariseos raza de víboras, ni faltó Jesucristo —¡qué horror!— cuando los llamó hijos del diablo, ni San Pablo, cuando llamó malas bestias a los disidentes de Creta; ni el Apóstol de la caridad cuando dijo que eran anticristos y aconsejó a los fieles que ni saludasen a los que no pensaran con Jesucristo».

Con gran sentido pastoral sabe apreciar el peligro que supone para los verdaderos católicos los así llamados católicos-liberales, que quieren encender, como vulgarmente se dice, una luz a Cristo y otra al diablo. Así los califica y descubre en una carta pastoral del año 1897:

«Hay que huir del trato no sólo de esos liberales que se declaran ateos, materialistas, racionalistas, masones etc., sino también y mucho más de los católicos-liberales que son los más peligrosos y los que más daño hacen a la Iglesia y a las almas ... los que se empeñan en conciliar el catolicismo con el liberalismo, o sea a los católicos liberales; porque

hay que decir a éstos, con Pío IX, que no es posible servir a dos señores».

Contra el indiferentismo del Estado, a lo que hoy se entiende por algunos como libertad religiosa de parte del Estado, tiene unas palabras clarividentes en una carta pastoral del 29 de octubre de 1897:

«Hace lo mismo un gobierno que ve y observa los daños que se hacen a la Religión de Jesucristo y dice como aquel hijo: "Ahí se las haya la Religión como pueda. Si se blasfema de Dios, que se blasfeme; si se propagan errores contrarios a sus doctrinas, que se propaguen; si se la borra de los corazones por la seducción, que se la borre; si desaparece totalmente de los pueblos, que desaparezca; si Jesucristo es olvidado por completo, me da lo mismo; no tengo que ver en eso. Yo he de permanecer neutral". ¿Quién puede dudar —preguntamos de nuevo— que ese Gobierno está contra Jesucristo?».

En una carta pastoral del 19 de septiembre de 1900 tiene un párrafo muy luminoso sobre la importancia de la política, terreno donde el liberalismo procura que no se metan los católicos para quedar ellos dueños del campo. Dice así entre otras cosas:

«Insistid en enseñarles que no sean católicos a medias y en que tienen que admitir la verdad católica en toda su integridad. No está prohibido y podemos hacer guerra al mal, aunque éste se presente en el terreno político y nos digan ciertas gentes que no nos metamos en política. No hagamos caso a los que exigen que se les deje el paso franco y libre en este terreno para que triunfen con más facilidad. El mayor mal de todos para nosotros sería perder la fe y ese mal nos lo quieren hacer en el terreno político. El liberalismo es un sistema esencialmente político-religioso y, por eso, nuestro Santo Padre León XIII ha dicho en su encíclica *Libertas...*».

En la cuaresma de 1901 publica una pastoral en que aclara la confusión que se produce actualmente al hablar de tolerancia contraponiéndola a la intolerancia e intransigencia de la Iglesia. Es importante:

«La herejía no es ya un crimen para muchos católicos ni el error contra la fe es un pecado. Proclaman la tolerancia universal y consideran como conquistas de la civilización moderna el que no se huya del hereje, como antes se hacía, el que anden del brazo católicos y disidentes y el que se transija con todos y con todo.

Así hablan ciertos católicos y miran de mala manera y critican a los que no piensan como ellos. Aprecian y alaban a los "espíritus moderados"; a los que ponen en primer término la "tranquilidad pública", aunque los pueblos vayan perdiendo la fe; a los que se conforman gustosos con los «hechos consumados», con tal de no sacrificar las comodidades y bienes materiales, aunque los espirituales se pierdan. Estos son los "hombres prudentes" que saben apreciar las circunstancias; los "sabios" que comprenden la época en que viven, los "hábilés diplomáticos" que de todo sacan partido en provecho de la Iglesia.

Esos mismos católicos tienen escrúpulos al parecer de pedir a los gobiernos que tapen la boca a los blasfemos y hagan callar a los propagadores de herejías; pero en cambio quisieran que Roma impusiera silencio a los más decididos defensores de la verdad. No han temido desalentar con inoportunas lamentaciones a los que llevan el peso del combate por hacer reinar a Jesucristo y han dado aliento y brío a los adversarios con sus escritos y conducta».

Como sabio y prudente Pastor explica y exige que para hablar sobre el liberalismo y contra el liberalismo es necesario primero estudiarlo y prepararse. Qué bien si hiciéramos eso en materia política y social. No cumplimos nuestras graves obligaciones en estas materias porque ignoramos su importancia. Veamos lo que dice nuestro santo en una pastoral del 8 de diciembre de 1902:

«Hemos dicho que es un deber predicar contra el liberalismo, porque así nos lo manda la santa Iglesia para que los fieles estén advertidos y no se dejen seducir de los propagandistas de sus errores; pero ese deber no se puede cumplir provechosamente, si se predica sin preparación. Como preparación remota para predicar contra el liberalismo hay que estudiar con detención el *Syllabus*, las famosas encíclicas de nuestro Santo Padre León XIII y los autores netamente

católicos que han explicado esos documentos, para así conocer el liberalismo en su esencia, en sus grados, las libertades de perdición con el grado de maldad que cada una encierra y la forma en que las ha condenado la Iglesia.

En la materia que tratamos, ordinariamente más se falta por exigir poco que por exigir mucho. ¡Ah! Si se exigiese lo que la justicia pide a gritos que se exija, esa horrenda y escandalosa mezcla de catolicismo y liberalismo, verdadera calamidad y causa principal de esa confusión espantosa que todos lamentamos, peligrosísima para los buenos y eficaz auxiliadora de los proyectos y obras de Lucifer y sus secuaces».

En la cuaresma de 1903 tiene una pastoral en que explica qué es la paz, la auténtica paz y cómo esta paz no la pueden proporcionar las modernas libertades. Interesante la cita, aunque sea larga:

«La paz es la tranquilidad del orden; y el orden consiste en la sujeción de todo nuestro ser a la voluntad divina, fuente y origen del poder. Ahora bien, las modernas libertades no sólo no nos someten a la voluntad divina, origen del orden, sino que tienden a emanciparnos de ella, y, por consiguiente, a colocarnos en el desorden y a quitarnos la paz. Acaso dicen algunos: ¿cómo es, pues, que ha resultado la paz de tratados que acaban de celebrarse entre católicos y liberales? Esa pregunta quedará contestada distinguiendo con Santo Tomás (II, II, q. 29, a. 1) entre paz y concordia; y diciendo que si bien donde hay paz hay concordia, no siempre donde hay concordia hay paz. Y concordar pueden y concuerdan a veces hasta los mismos malvados para realizar sus planes infernales, como se comprueba con la misma Sagrada Escritura, que dice: "Se mancomunaron los primeros contra el Señor y contra su Cristo" (Ps., II, 2). ¿Se puede, acaso, decir, que esos malvados tienen paz? No, porque donde hay impiedad no hay orden y donde no hay orden no hay paz. "No hay paz para los impíos" dice el Señor (Isaías, 58,22).

Las autoridades deben hacer que reine la paz de Jesucristo mediante la observancia de la Ley de Dios y procurando que las leyes, decretos órdenes, mandatos y disposiciones que den, se funden siempre en la Ley divina, en el

querer de Dios... Pero es preciso mantener ese orden y para mantenerlo es también necesario remover o reprimir si es preciso los agentes que lo pueden perturbar, como la mala enseñanza, la mala prensa, la malas lecturas... porque todo eso es desorden y negación de paz».

Con qué precisión responde en el siguiente párrafo, de una carta pastoral del 30 de abril de 1904, a una pregunta y objeción que está hoy muy en la mente de muchos. Dice así:

«¡Amor, caridad! ¡Mucha caridad para con todos! Ciertos hombres no piden ya verdad; piden en vez de verdad, caridad... Caridad tiene el padre que castiga a su hijo cuando obra mal, para que se cuide en adelante. Caridad tiene el que hiere y el que mata en guerra justa. Caridad hay en aislar a los leprosos de los sanos, por duro que sea el aislamiento de los primeros.

Un conocido escritor católico había puesto ya en la boca de los enemigos de la religión esta otra pregunta: "¿Merecerían ser tolerados los católicos cuando se hallen en minoría, si no toleran cuando se hallan en mayoría"? Y contesta diciendo: "Este lenguaje es el del los convenios, no el de los principios. La verdad no puede tratar con la herejía, como un soberano con otro soberano, y la verdad es la sola soberana y la herejía no es sino una rebelde. La verdad no puede pactar con el error; la verdad contradice, combate, excluye el error; y dejaría de creer en sí misma, si reconociera en el error el derecho de ocupar un sitio al lado de ella"».

Tocando ya al fin de su gran labor de Pastor de almas, en la cuaresma de 1905, alerta de nuevo a los católicos sobre el peligro del catolicismo liberal, que es imposible ser, al mismo tiempo, de verdad católico y liberal auténtico en el sentido del liberalismo. Dice así:

«Vino Jesucristo al mundo y vino para unir a los hombres, pero no se le ocultaba que muchos no habrían de querer esa unión con las condiciones que El ponía para que existiera y por eso en todo su Evangelio da como un hecho que había dos bandos. Habla, en efecto, de los hijos de la

luz y de los hijos de las tinieblas; hace mención de los discípulos fieles que conservarían su santo nombre y de enemigos de ese nombre bendito, que maldecirían, calumniarían y perseguirían a los que lo confesaran. Asegura además que no hay ni campo neutral al lanzar estas enérgicas palabras que son un rayo para los amigos de compendias: "El que no está conmigo, está contra mí".

Esa es la doctrina y es cierto, además, y nadie lo podrá negar, que Jesucristo no trataba lo mismo a sus amigos que todo lo habían dejado por El y le seguían y confesaban, que a los fariseos, sus enemigos, a quienes llamaba hipócritas, sepulcros blanqueados, raza de víboras e hijos del diablo.

Hay pues dos bandos y los habrá en la misma eternidad. Todos en la misma eternidad. Todos creemos y confesamos como dogma de fe que Jesucristo en el día del juicio no dará la misma sentencia a todos, sino que a unos: Venid... y a los otros: Apartaos de mí... Nadie puede unir esos dos bandos, porque no cabe concordia entre Cristo y Belial, dice el Apóstol».

Terminemos este florilegio con las imponentes palabras de *su testamento*, que sintetizan todo su espíritu de Pastor del rebaño de Cristo. Copiamos algunos párrafos. Lo firmó en Pasto a 6 de octubre de 1905:

«Confieso una vez más que el liberalismo es pecado, enemigo fatal de la Iglesia y del reinado de Jesucristo y ruina de los pueblos y naciones; y queriendo enseñar esto, aún después de muerto, deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aún en el templo durante las exequias, se ponga a la vista de todos un cartel grande que diga: EL LIBERALISMO ES PECADO.

Yo he gritado contra ese mal y aun he sufrido por gritar. No me arrepiento de haber gritado. Si en este punto tengo que arrepentirme será por no haber gritado más...

Concluyo diciendo que bajo al sepulcro con la gran pena de ver que se trata de descatozizar a Pasto y que bastantes de los que se llaman católicos tienen ya mucho de liberales, siendo éstos los que más contribuyen a que el error progrese... La Concordia tal como se ha entendido y practicado hasta ahora, ha sido una espantosa calamidad para

la fe de estos pueblos... No es posible que lobos y ovejas anden revueltos sin que las ovejas reciban algún daño, sin un milagro de primer orden. Y creo que uno de los venenos más activos y eficaces con que cuenta el infierno, es la mezcla de la verdad y del error, de lo bueno y de lo malo...

No cabe tal concordia sin perjuicio del Catolicismo. Llegará pronto el tiempo de que desaparezca esa alianza aparente, y para vergüenza y castigo de los católicos que se han dejado engañar, no serán ellos los que lancen de sí a los liberales, sino que serán los liberales los que lancen a ellos».

Palabras proféticas. Fue su testamento. Si miramos los signos de los tiempos y tenemos obligación de hacerlo, qué mejor signo, de más brillante claridad y significación que éste, plantado en el cielo de la Iglesia por Su Santidad el Papa Juan Pablo II, al canonizarle el 11 de octubre del año del Señor de 1992, en una de las más difíciles y comprometidas encrucijadas de la historia y en particular de la historia de Hispanoamérica. Que el espíritu y fortaleza de San Ezequiel Moreno, riojano, misionero agustino, Obispo de Pasto (Colombia) nos guie y nos proteja en esta difícil encrucijada.